

La sombra del doble de Bernard Noël*

Como bien señala Gianni Vattimo en su exégesis sobre la concepción heideggeriana del «ocaso del lenguaje», la tendencia abisal de la palabra, su reducción ensimismada, su replegamiento y pérdida en aras del contacto con «lo otro» del lenguaje –el silencio–, no es solamente el síntoma de una situación de indigencia moral o espiritual exclusiva del siglo que vivimos, no una mera *dürftige Zeit* que padece la sensibilidad actual después de Auschwitz. Trátase, más bien, de una manera común a una serie de creadores de experimentar lo poético y para los cuales, en efecto, a partir del verso de Hölderlin –«Lo que dura, lo fundan los poetas»– sólo mediante el decir poético puede el hombre atisbar lo infinito sin límites de la realidad, abrir escalas sobre lo conocido y adentrarse, contemplar, o aún nombrar, lo innombrable.

* Bernard Noël, *La sombra del doble*, edición al cuidado de José Ángel Valente, *Pre-Textos*, Valencia, 1998

La poesía en lengua francesa ha contado durante estos últimos años con una larga y excelente lista de poetas –Francis Ponge, Edmond Jabès, Yves Bonnefoy, Jacques Roubaud, Jacques Dupin, etc– continuadores de este progresivo despojarse del arte, a la que hay que adscribir el nombre de Bernard Noël, autor de una todavía exigua obra, pero siempre certera y radical en sus propósitos de reflexión y profundización en torno al cuerpo y la escritura, para él las dos incógnitas más herméticas e insondables de las que mata tanto *Extraits du corps* como *La face de silence*, binario y antitético *Leitmotiv* que también retoma *L'ombre du double*. Cuerpo y escritura, dos espacios infinitos –el de la realidad y el de la poesía– que ocupan una y otra vez su pensamiento, sin, paradójicamente, caber ninguno de ellos en la dimensión siempre relativa y precaria de la palabra. Su propia e inmediata anatomía, el milagroso enmarañarse de vísceras, huesos y músculos, se le exterioriza, llegando a alcanzar una distancia tal de sí mismo que la voz poética resulta, abandonada y sin identidad concreta, una especie de «fantasma en la página», una alteridad sin rostro a la búsqueda de su imposible mismidad: «Cuanto más avanzo, menos cuerpo voy teniendo. El cuerpo se me va volviendo externo, y entra a formar parte de esa experiencia

exterior»¹. Es la poesía de Bernard Noël —y según las propias consideraciones del autor, recogidas de su reciente conversación con Carlos Ortega— antagonista de *La experiencia interior* de Georges Bataille, y su escritura, a fuerza de adentramiento, soledad y desposesión creciente, se torna impersonal sobrevivencia parlante. La palabra se proyecta, entonces, hacia todo aquello que queda afuera, lejos e inalcanzable para ese «sí mismo» que apenas puede ya reconocerse; provoca la ruptura y disgregación de todo ese exterior, da nombres que desnombran la realidad etiquetada para, al cabo, rescatar su transnombre, alcanzar un espacio irreductible que permita el «dar a ver» (*donner a voir*) de Eluard; en fin, una violenta desapropiación que desnuda las cosas de los hábitos sobreañadidos, las libera de nuestro lenguaje subyugador, las desautomatiza y abandona a su simple presencia sin obstáculos, a su desinteresado descansar en sí. Retroceso, por tanto, del lenguaje, auscultación milimétrica de sus formas y relaciones: contorsión, rarefacción y experimentalismo léxico, búsqueda de un «grado cero», obsesivo lacerar de todo lo suplementario, firme tensión del ritmo unívoco del verso. Esta contundente substancialidad

lírica procura a Bernard Noël un paso más hacia esa cuestión central que le asedia como tábano desquiciador: el desvelamiento «[de aquello] que hay de más en la escritura que no es escritura»², eso que le habrá de explicar lo que, en verdad, significa escribir.

Él y tú y cuanto es polvo
del cuerpo o materia de mí
sobre nadie un poco de lo oscuro
alguien salió del aliento
comió mi rostro
está donde estoy
cuando soy nada
un costal de tinieblas
plenitud del caos

Pero, ¿a quién pertenece la voz de *La sombra del doble*? Esta desaparecible y penetrante inflexión que emplea el «yo», «tú» o «él» indistintamente, ¿tiene como objeto confundirnos? ¿Por qué y para quién su áspero y, a la vez, envolvente y monódico parlamento? Y más aún, si ninguna respuesta obtiene a sus interpelaciones en torno a la muerte, la voluntad, la objetividad o el espejo —entre otras—, si el oráculo ha enmudecido, ¿qué sentido tiene perseverar? ¿para qué prolongar el desasosiego de un ciclo concéntrico —el del verso— sin comienzo, pausa o fin previsto? A pesar de todo, un extraño e irrefrenable impulso lo condena a tan funesto autoencierro,

¹ Véase «La escritura y el cuerpo», ABC Cultural, 3 diciembre 1998.

² *Ibidem*.

inmersos en un espacio inexistente, habitado sólo por palabras estériles, instigadoras y sombrías; sigue y sigue, pues, para a cada paso desahogarse y «hambrearse», en una búsqueda sin fin a través del más entrecortado y abstruso lenguaje, cada vez más ingrátido y débil, cada vez menos presencia y más desaparición.

Como vemos, este «libro de las preguntas» de Bernard Noël incita en nosotros otras interrogaciones y réplicas a las suyas, muy probablemente, también éstas, sin satisfactoria o –al menos– factible respuesta. Acaso la errancia de su palabra, su incesante y obscuro pensar en alta voz, su avidez obsesiva por saber, oculten sólo el miedo al vacío total, al silencio del fin que atenaza sentidos y entumece el alma. En todo caso, es obvio que el poeta francés no busca la obra placentera, el poema que provoca el entusiasmo y embeleso al ánimo. Por el contrario, prefiere la aridez del decir, el carácter espectral y huero del léxico, la mostración indirecta como estrategia, y la terca inmovilidad por argumento, invalidando el uso de puntos y comas, quebrantando toda lógica sintáctica para acentuar más –si cabe– la indistinción, el punto límite en el que los contrarios, en su coincidir, uno a otro se anulan. Y es que *La sombra del doble* es el resultado sorprendente de un texto que a sí mismo se devora: un eterno eclipsar-

se cual tejido en manos de la sosegada Penélope, materia, sustancia o mera cosa a la búsqueda inagotable de su propia forma. Y éste no es sólo el ardid o pretexto de una poética obscura; el autor mismo es quien, a través de la obra a sí se desmiente. Ninguneado el «yo» –punto de referencia supremo del pensamiento cartesiano–, queda la *sombra* –la imagen en negativo, invertida, exenta de corporalidad y vida propia–, y aún menos: la sombra de un *doble* –tal vez un «yo» del pasado o del futuro, quizás un «otro» anhelado por un estado de insostenible soledad. Este alejamiento y nulificación propaga en derredor una onda de despersonalizadora inestabilidad, no en pos del *nonsense* beckettiano, sino hacia algo que intuimos más inquietante y terrible: la implacable certeza de eso que Bataille denominó «la *discontinuidad* esencial»

qué es el tiempo
te comes el papel
desaparece la boca
cierras la ventana
para calcular el aire
se eleva un reflejo
un cuerpo enfrente
el tú de ti
el contrarrostro

Este «tú» obsesivo, no obrará, por consiguiente, el milagro dialogador: la voz ha de permanecer por siempre monologando, como la virtual *Compañía* de Samuel Beckett, pues ése y

no otro es su destino. Así, frente a otras poéticas de «apertura», en las que un sentimiento amoroso conciliador tiende puentes y funde hasta el tuétano aquello que antes estuvo separado, en las que el «yo» se despliega como ser-vasija, abierta y hueca, a la espera impaciente de una fecundante feminidad, para Bernard Noël el «tú» es y será sexualidad frustrada, cuando no angustia de tiempo vacío, sentimiento de caída sin posible asidero y desconocimiento cada vez mayor de ese mundo exterior, demasiado afuera para tanto adentro, pero al que no puede substraerse, despeñado, expulsado como ha sido desde su fuero interno al centro mismo de la vida. Él mismo se deshabita, pero no para recibir en sí al ser amado, sino más bien con un sentido de marginalidad, de *peregrinatio* judaica, de muerte voluntaria.

Un fragmento de hombre un fulgor, un instante sólo de «ser» y luego la nada, el «no-ser». La palabra de Bernard Noël gana en autenticidad cuanto más se acerca a la esencia, cuanto más próxima está de la nada. Ya lo dijo Heidegger: no es posible fundar un mundo mediante la palabra sin tropezarse, en la resolución de tal hazaña, con la nada y el silencio. La dialéctica de fundamentación y desfundamentación del filósofo alemán se cumple de manera expresa en *La sombra del doble*, allí donde la afirmación más fer-

viente está inmersa, contenida, en la sombra sin fondo del «no», donde la luz no se concibe sin la oscuridad, o el «aquí» es, también y a la vez, «allí». Su curiosidad por los cimientos y mecanismos enigmáticos del lenguaje es lo que se pone de manifiesto en *La sombra del doble*, eso sí, a partir del cuerpo físico del hombre, talismán en el que se gesta, crece y transforma incesantemente el lenguaje. Ese gran libro que constituye la especie humana, del que nadie aún ha leído cabalmente y que preserva indelebles todos sus misterios, es el que Bernard Noël se propone descifrar, despersonalizándose, borrando todo rasgo de posible identidad, eliminando singularidades y profundizando en el verdadero cuerpo de la especie, el ser-ahí genérico y esencial en su cualidad primera y definitiva: su *doble* pérdida –corporalidad y actividad mental–; el despacioso, imperceptible e inevitable letargo del lenguaje que, antes, y a través de cada ser, se transformaba y rehabilitaba; el abismo al que, como *ser-para-la-muerte*, nos conducimos. En definitiva, Bernard Noël, en ésta su más reciente traducción al español, prosigue su tránsito hacia el punto original en el que toda obra se pierde y aparece el «sin palabras», la alteridad innombrada, el *contrarrostro* de nuestro doble.

Marianela Navarro Santos